

# EL OCIO Y LA RECUPERACIÓN DEL SÍMBOLO\*

*Luis Alfonso Mejía Echeverri\*\**

Recibido en mayo 30 de 2006, aceptado en junio 22 de 2006

## Resumen

En este ensayo el autor llama la atención sobre la necesidad de que la cultura occidental genere símbolos claros sobre el concepto “salud”. Partiendo de la base de la teoría de los “memas”, se remonta a hipótesis que han marcado hitos en algunos momentos de la historia del pensamiento; bajo la premisa de que, en todo tipo de conocimiento, hay un profundo componente de simbolismo, expresa cómo la salud se ha convertido en un artículo de consumo que poco tiene que ver con el bienestar y pone la responsabilidad de la construcción de dicho símbolo en manos de la sociedad toda.

## Palabras clave

Salud, símbolo, valor, mema.

## Abstract

## LEISURE AND SYMBOL RECOVERY

In this essay the author focuses the attention on the necessity that Western culture generates clear symbols on the concept of “health”. Taking the theory of “memas” as a basis, it recaptures the hypotheses that have marked milestones in some moments of the history of thought; under the premise that, in all type of knowledge, there is a deep component of symbolism. The latter expresses how health has become a consumption good that little has to do with the welfare and puts the makes society responsible for the construction of this symbol.

## Keywords

Health, symbol, value, mema.

\* Ponencia presentada en el foro “Perspectivas de la Salud Pública para el Nuevo Milenio”, Manizales, agosto de 2005.

\*\* Médico. Especialista en Patología. Magíster en Filosofía. Profesor Asistente. Profesor de Patología, Embriología y Ética Médica. Universidad de Caldas.

En la mañana del 3 de marzo de 1958, algunos de los aquí presentes mirábamos en la misma dirección, hacia el Nevado del Ruiz, mientras cantábamos algunas estrofas del Himno Nacional. Era el primer día de clases y en esa ocasión había una circunstancia especial: ese año llegaba la primera generación de estudiantes que conformarían la sección “infantil” del colegio de los Jesuitas.

Siendo unos niños, los del grupo de postulantes al título de “Gonzagas” no entendíamos muy bien el significado del término “Inmarcesible”, tan trillado en el coro del Himno de nuestro país. Y cuando le pregunté a mi profesora, una monja recién llegada de la España de Franco, lo que ese término quiere decir me sacó del salón “por bruto”. Cuando llegué a la casa, sin entender lo que significaba para mi futuro el haber sido excluido de la clase, le pregunté a mi papá lo que significa inmarcesible. Y él, como mi profesora, tampoco sabía.

Después del Himno Nacional, los estudiantes que ya llevaban en la institución un año o más entonaron las notas del Himno del Colegio. De éste, los versos que se grabaron en mi memoria tenían que ver precisamente con lo que todos estábamos mirando. El himno dice: *“alta como el cielo,/ blanca cual la nieve/ del inmaculado Ruiz”*.<sup>1</sup>

Esos versos acrecentaron mi curiosidad sobre lo inmarcesible y, con mi curiosidad, mi confusión. La forma como se canta el Himno Nacional no puede menos que confundir a un niño de seis años que no conoció a Rafael Núñez. En vez de decir con nuestro político metido a poeta *“el bien germina ya”*, por razones de métrica musical los tenores, usualmente ajenos al significado de las palabras, cantan *“el bien germina- a ya”*. Y esa combinación de sonidos a un niño ignorante de la historia de Colombia sólo le dice que *“el bien germina allá”*, así, con “ll”.

Aunque confuso, el símbolo estaba completo:

cualquier cosa que fuera, el bien germinaría en alguna parte, pero no aquí. Afortunadamente, cerca de nosotros, y perceptible a simple vista, había un lugar en el que, según el himno del colegio, sí podía florecer: ese lugar estaba en alguna grieta en medio de las nieves del inmaculado Ruiz.

Cuando mis capacidades intelectuales me permitieron el acceso a los diccionarios aprendí, por mis propios medios, que inmarcesible quiere decir “inmarchitable”. Entonces surgió en mí la curiosidad por conocer las nieves del inmaculado Ruiz. Cuál no habrá sido mi frustración cuando lo único que encontré en ese lugar fue frío, nieve, viento y arena, ¡precisamente las condiciones más adversas para cualquier tipo de germinación!

Mucho se ha escrito sobre la forma en que, desde niños, aprendemos acerca de lo intangible. De un momento a otro los infantes resultan comprendiendo conceptos tan complejos como, por ejemplo, “amor”, “libertad”, “belleza”, “sabiduría”, “fraternidad”; y, entre éstos, no podemos omitir otros, no por desagradables menos importantes: “violencia”, “maldad”, “odio” y “angustia” entre muchos otros. El sentido común nos dice que, independientemente del término de que se trate, mientras no tengamos un patrón de referencia que nos permita ponernos de acuerdo, no podremos saber a qué se refiere nuestro interlocutor cuando habla de este tipo de “realidades” inexistentes en el mundo de la materia. Por fortuna, la plasticidad de nuestro cerebro nos dotó de la capacidad de construir esas “realidades humanas” intangibles que, a la postre, nos permitieron organizarnos de manera diferente a los demás animales.

La filosofía tardó muchos siglos para encontrar un universo en el que cobraran existencia esas realidades. Aunque en los filósofos anteriores al siglo XIX se encuentran verdaderos tratados sobre el amor, la belleza, la libertad y la templanza, fue

<sup>1</sup> Uno de los versos del Himno del Colegio San Luis Gonzaga, Manizales.

alrededor de 1850 que la filosofía empezó a hablar de “valores”<sup>2</sup>. Y nuestra sociedad, en actitud simplista, no fue capaz de trascender los valores del pasado y se quedó con un lamento mojigato: “¡¡Es que ya se olvidaron los valores!!” oíamos decir a nuestras abuelas cuando querían manifestar su pesar porque la familia ya no quería rezar el rosario alrededor de su camándula.

Como desde mi condición de profesor en la Facultad de Ciencias para la Salud he podido sondear el significado que, en nuestro medio, la mayoría de las personas le confiere al término “valor”, y teniendo en cuenta que con esta conferencia pretendo profundizar en un concepto que se puede considerar tal, empezaré dando una explicación somera de lo que hoy se entiende cuando se habla de “valores”. Después trataré de demostrar la importancia del papel que desempeñan los símbolos a la hora de enriquecer con valores nuestra relación con el mundo. Acto seguido, trataré de llevar el concepto de “salud” al plano de la valoración y, finalmente, mostraré la forma como el ejercicio del ocio puede conducirnos a conceptos más nuevos, más claros, más ricos y más profundos que nuestra simple idea de “ausencia de enfermedad”.

## Primera Parte: Definición de Valor

Las cosas tienen cualidades. Esas cualidades son las que nos permiten hacer clasificaciones (nominales y ordinales) de los objetos. Si no fuera por las clasificaciones, las cosas del mundo serían solamente “cosas” y las palabras no significarían nada. “*Clasificar es la manera más simple y directa de subsumir múltiples y diversos objetos bajo un mismo concepto y aprehender rasgos interesantes del mundo que nos rodea*”.<sup>3</sup> Así, una

mesa es mesa porque tiene características de mesa, y un caballo es caballo porque tiene características de caballo.

Aunque los objetos que describimos no tengan existencia real en el mundo de la materia, cuando definimos para ellos algunas características podemos ponernos de acuerdo con las demás personas sobre lo que queremos indicar. Así, un caballo con un cuerno en la frente será un unicornio y un caballo con cabeza de humano será un centauro aunque en el mundo jamás haya existido ese tipo de criaturas.

De entre las características de las cosas podemos entresacar categorías. La más precisa de ellas sería la de las características que confieren existencia en el mundo material (peso, forma, tamaño). Estas características tienen la ventaja de permitirnos medir los objetos pero, en sí mismas, no nos dicen de qué objeto se trata. En otras palabras, por ser características (o cualidades) siempre se refieren a un objeto, pero en este caso no podemos saber nada más de lo que la descripción de la característica nos dice (pesado, firme o impenetrable). Pero, estas cualidades que confieren existencia material, no son valores<sup>4</sup>.

Otra categoría, un poco menos precisa, es la de las características sensoriales. Color, olor, sabor, textura y timbre. Estas tienen la desventaja de depender de los órganos de los sentidos. Es decir, como características sensoriales sólo son posibles si alguien las percibe. De no haber un sujeto receptor, simplemente serían vibraciones de partículas y ondas. Éstas, tampoco son valores<sup>5</sup>.

Pero existe una categoría más, que depende de mecanismos de percepción tan sofisticados que la fisiología no ha podido identificar. Un objeto puede

<sup>2</sup> Frondizi R. *¿Qué son los Valores?* Bogotá. Fondo de Cultura Económica 1997. Pág. 50.

<sup>3</sup> Díez J.; Moulines C. *Fundamentos de Filosofía de la Ciencia*. Barcelona. Editorial Ariel S.A. Pág. 101.

<sup>4</sup> Frondizi R. *Op. cit.* Pág. 16.

<sup>5</sup> *Ibid.* Pág. 16.

ser grande, pesado y rojo; pero al mismo tiempo puede ser bello, útil y agradable. Así mismo, de una norma podemos decir que es estricta e injusta o laxa y justa. Estamos hablando, pues, de características que se sitúan por fuera del “Ser”. Y para situarlas en alguna parte, la filosofía de nuestro tiempo se inventó el mundo de la valoración. En otras palabras, las características de las que estoy hablando no confieren existencia material ni se perciben mediante los sentidos. Podemos decir que sólo las percibimos (por no existir un término mejor) mediante nuestra capacidad de valoración. Esos son los valores<sup>6</sup>.

Podemos ver, pues, que los valores son características que sólo son posibles si existen las cosas<sup>7</sup>. Nadie ha visto la belleza o la libertad por ahí, caminando, sin que se las atribuya a un objeto real (o intelectual, como las normas, que tampoco andan por ahí caminando pero, que existen, existen). Así, mientras a las cosas materiales (o intelectuales) las conocemos gracias a que existen, a los valores los conocemos gracias a nuestra capacidad de valorar<sup>8</sup>. Y los objetos depositarios de esos valores, los objetos que valoramos, se llaman bienes.

Definidos así los valores podemos dar un paso más. Preguntémonos, en primer lugar, de dónde salen nuestros valores. El análisis más simple nos dice que, en el plano individual, la forma en que valoramos viene de nuestra más tierna infancia y que los valores más arraigados de la mayoría de los individuos vienen de la casa paterna. La forma en que valoramos, se puede decir en términos generales, es “asunto de leche” (por eso es que un manizaleño, por valorar de manera distinta a como lo hace un pereirano, se imagina que fuimos alimentados con leches diferentes).

De igual forma podemos decir que, en el plano social,

los valores de las comunidades vienen de la tradición. Y esa tradición, por afectar a toda la colectividad, afecta a la familia. Eso es lo que hace que los manizaleños se sientan distintos a los pereiranos, a los vallunos, a los pastusos y a los bogotanos.

Pero si nos quedamos con los valores tradicionales de nuestra familia o de nuestra comunidad inmediata nunca podremos trascender el estado social del clan. Vemos ese estado en las pandillas de jóvenes que son capaces de agredir a los hinchas de un equipo que no sea el Once Caldas, en las pandillas de muchachos de dos barrios populares diferentes, cualesquiera que éstos sean, y, duele decirlo, en muchos grupos de muchachos de nuestros “mejores colegios”. Incluso, lo vemos entre los que han tenido el privilegio de llegar a la universidad (para nadie es un misterio la discriminación que hacemos, en la universidad misma, entre los conceptos de “pública y privada”). Y no excluyen estos valores tradicionales, es decir, no trascienden el estado de clan, nuestras más elevadas esferas de la economía y la intelectualidad: nuestra clase más privilegiada no tiene ningún recato en adular con servilismo a quienes tienen “buenos apellidos” (cuando no a quienes, careciendo de ellos, pueden ocultar las manchas de su cuna con dinero sin que importe la procedencia). Alguna vez tuve la oportunidad de observar, en el ámbito de un consejo universitario, una encarnizada manipulación tendiente a excluir a un estudiante que, cumpliendo con todos los requisitos para ser transferido a la universidad pública, tenía el “pecado” de venir de una universidad privada del Distrito Capital (¿como si lo público no fuera patrimonio de todos, incluidos los que tienen la obligación de pagar impuestos!). Tampoco es extraña a nuestro clan académico la intención de desestabilizar la administración de un rector porque éste acostumbre frecuentar ciertos círculos políticos, sociales o religiosos, ¿como si la

<sup>6</sup> *Ibid.* Pág. 17.

<sup>7</sup> No nos interesa en este ensayo hacer una exposición sobre las teorías que, en filosofía, existen sobre lo que son los “Valores”; sólo nos interesa mostrar la importancia que éstos, cualquier cosa que sean, tienen sobre el comportamiento de las personas y de las sociedades.

<sup>8</sup> Cortina A. *El Mundo de los Valores*. Santa Fe de Bogotá. Editorial el Búho. 1998. Pág. 28.

universidad no fuera, precisamente, el ámbito en el que deben conjugarse, sin exclusión, todas las formas de pensamiento!

Si nos quedamos con lo que hay de tradicional en nuestros valores seguiremos matándonos, pues no seremos capaces de aceptar los valores de los demás. Urge, pues, un análisis profundo sobre la forma en que los caldenses valoramos. Urge un análisis sobre la forma en que valoramos todos los colombianos. Con la diversidad de orígenes que caracteriza a nuestra nación, la omisión de ese análisis sólo podrá tener como resultado la guerra perpetua.

Por fortuna los valores pueden trascender el ámbito de la tradición. Los valores, además de tradicionales, pueden (y deben) tener un “telos”. Cuando los individuos de una comunidad reconocen ese “telos”, tienen en sus manos las herramientas que les permitirán elaborar tejido social. Si, por la simple observación de la historia, aceptamos que las muchedumbres, cuando son orientadas por líderes, son capaces de salirse del cauce que les traza la tradición<sup>9</sup>, se hace evidente para nuestra valoración la responsabilidad de nuestros líderes. El liderazgo no consiste solamente en construir avenidas, puentes o edificios; el liderazgo no consiste solamente en comprar equipos sofisticados, practicar cirugías insoñables o arriesgar en inversiones irrecuperables. El liderazgo también debe ejercerse sobre la capacidad de valoración de la comunidad, y ese liderazgo nos compete, en gran medida, a todos los que hemos tenido el privilegio de pasar por una universidad.

Queda claro, pues, que los valores pueden asumirse en la duplicidad de su significado: de un lado, podemos aceptar que los valores son el producto de la tradición sembrada en el subconsciente de los individuos por el simbolismo vernáculo y las anécdotas de familia. En este sentido, lo bueno es bueno simplemente porque siempre se ha

considerado bueno y, lo malo, malo porque siempre se lo ha considerado malo. Y, del otro lado, los valores pueden ayudarnos a construir el consenso de lo que los individuos que conforman nuestra comunidad consideran deseable y lanzarnos al futuro en un proyecto conjunto de reconstrucción del tejido social.

## Segunda Parte: Memas y Valores

Más que como imposiciones de la tradición, podemos considerar a los valores unidades de evolución. Si existen diferencias culturales entre dos sociedades, éstas no se deben solamente a razones ambientales, raciales o económicas. Existen otras diferencias a las que podemos llamar culturales. Y estas diferencias están, necesario es decirlo, cargadas de nuestra capacidad de valoración.

Permítaseme, para explicar la forma en que funcionan los valores como unidades de evolución, acudir a un fragmento de “La conciencia Explicada” de Daniel Dennett, uno de los más destacados representantes del movimiento filosófico conocido hoy como “Filosofía de la Mente”:

“Uno de los primeros pasos fundamentales que da un cerebro humano durante el impresionante proceso postnatal de autodiseño es el de ajustarse a las condiciones locales que son más importantes: rápidamente (en dos o tres años), se convierte en un cerebro swahili, japonés o inglés. ¡Vaya paso! ¡Como si para darlo nos lanzaran con una honda!

...Una vez que los cerebros han abierto las vías de entrada y salida para los vehículos del lenguaje, enseguida se ven atacados por *parásitos* (en el sentido literal del término, como veremos), por unas entidades que han

<sup>9</sup> *Le Bon Gustavo. Psicología de las multitudes. Editorial Albatros. Buenos Aires. 1945. Págs. 63 y 64.*

evolucionado precisamente para medrar en ese espacio: Los *memas*. Las ideas generales de la teoría de la evolución son claras: la evolución se produce siempre que se dan las siguientes condiciones:

1. variación: una abundancia continua de elementos diferentes;
2. herencia o replicación: los elementos tienen la capacidad de crear copias o réplicas de sí mismos;
3. “idoneidad” diferencial: el número de copias de un elemento que se crean en un momento determinado varía, dependiendo de interacciones entre las características del elemento (sea lo que sea lo que lo hace diferente de los demás elementos) y las características del entorno en que persiste.

...Estos nuevos replicadores son, más o menos, las ideas. No las ideas simples de Locke y Hume (la idea de rojo, la idea de redondo, o caliente o frío), sino las ideas complejas que se constituyen en unidades memorables distintas; son ideas tales como:

la rueda  
 ir vestidos  
 la vendetta  
 el triángulo rectángulo  
 el alfabeto  
 el calendario  
 la *Odisea*  
 el cálculo  
 el ajedrez  
 el dibujo en perspectiva  
 la evolución por selección natural  
 el impresionismo  
 “Greensleaves”  
 el desconstruccionismo”.<sup>10</sup>

Como nota aclaratoria, Dennett cita el siguiente fragmento de “El Gen Egoísta”, texto en el que el zoólogo Richard Dawkins acuña el término “*memas*” para referirse a dichas unidades:

“...Al igual que los genes se propagan en un acervo génico al saltar de un cuerpo a otro mediante los espermatozoides y los óvulos, así los *memas* se propagan en el acervo de *memas* al saltar de un cerebro a otro mediante un proceso que, considerado en su sentido más amplio, puede llamarse de imitación. Si un científico escucha o lee una buena idea, la transmite a sus colegas y estudiantes. La menciona en sus artículos y ponencias. Si la idea se hace popular, puede decirse que se ha propagado, esparciéndose de cerebro en cerebro”.<sup>11</sup>

Si a la lista que nos proporciona Dennett le agregamos términos como “libertad”, “belleza”, “justicia”, “fraternidad”, “utilidad” o “inteligencia”, y otros como “enfermería”, “medicina”, “promoción”, “prevención”, “salud”<sup>12</sup> y “recuperación”, podemos ir adentrándonos, sin dificultad aparente, en el mundo de los *memas* y de los valores. Los valores serían, así, una especie de *memas*.

Puedo asegurar que cuando estaba parado en el terraplén del colegio, mirando al Nevado del Ruiz, sentía que ya conocía los significados de muchos de esos términos sin necesidad de acudir al diccionario. Cuando le pregunté a mi papá el significado del término “inmarcesible”, no pregunté por el significado de “gloria” ni por el de “júbilo”, ni por lo que pudiera ser un “surco de dolores”. Le pregunté por “inmarcesible”, que era el único que en ese momento molestaba a ese niño de seis años cuidadosamente bañado, vestido y acicalado para su primer día de sufrimiento (perdón, para su primer

<sup>10</sup> Dennett D. *La Conciencia Explicada*. 1ª Edición en Español. Paidós Básica. Barcelona. 1995. Pág. 214.

<sup>11</sup> Dawkins R. *El Gen Egoísta*. Citado por Dennett en *La Conciencia Explicada*. Pág. 214.

<sup>12</sup> Frondizi R. *Op. cit.*



día de moldeamiento) intelectual. El significado de los demás términos del Himno Nacional lo había aprehendido de manera intuitiva, tal vez mediante ese “impresionante proceso postnatal de autodiseño” que, en palabras de Dennett, nos permite ajustarnos a las condiciones locales más importantes. Como los demás cerebros, el mío, expuesto a la cosmovisión y al simbolismo a veces ingenuo y a veces mordaz de mis padres, rápidamente se adaptó al mundo simbólico de la familia.

Y es que para aprehender el mundo de los valores, inexistente desde el punto de vista material, la humanidad siempre ha utilizado un lenguaje simbólico. No se puede negar que también partiendo de símbolos puede cambiarse el curso del pensamiento de la humanidad. Siempre me ha gustado imaginar lo que ocurrió en el cerebro de un niño de la misma edad que yo tenía cuando estaba parado en el patio viendo subir las banderas y oyendo cantar los himnos nacional y del colegio en esa mañana de marzo de 1958; con algunos años de diferencia, una simbología más afortunada que la mía pudo haber sido el estímulo simbólico de un nuevo paradigma. Veamos:

Todas las mañanas de domingo, como era costumbre, el niño Nicolás Copérnico asistía de la mano de su tío a una de las muchas iglesias que ya existían en la Polonia de 1483. Con toda seguridad en el interior de esos templos observó cómo los fieles se arrodillaban en actitud de adoración ante los vitrales del extremo oriental del altar, lugar inundado por chorros de luz multicolor durante la ceremonia matutina. Al salir de la iglesia después de dicho ritual, se dio cuenta de que lo que todos adoraban no era otra cosa que el sol en su ascenso desde el oriente hasta el zenit. Esa experiencia, libre todavía de cualquier contaminación lingüística, pudo haber inclinado el cerebro del niño a favor del heliocentrismo. Y treinta años después, cuando se completaron las conexiones interneuronales que le permitieron hacer una estructuración lógica del símbolo, escribió la teoría heliocéntrica del universo dando al traste con más de mil años de interpretación geocentrista.

He aquí una experiencia más afortunada que la mía, pero igualmente válida a la hora de entender cómo es que los niños empiezan a construir su propio mundo; y ese tipo de experiencias, repetidas con alguna regularidad a lo largo de nuestras vidas, quizás puedan actuar en el cerebro adulto de la misma manera que ese “impresionante mecanismo postnatal de autodiseño” que nos mencionara Dennett.

Pero el Siglo XX nos enseñó a subvalorar nuestro mundo simbólico en favor de la argumentación lógica. En nuestra cultura, y sobre todo en nuestro medio cotidiano local, sólo aceptamos certezas. Nos aterra la incertidumbre. Y como lo simbólico no se puede explicar totalmente con palabras, pues deja en nuestro sentimiento un cierto sabor de ignorancia, rechazamos toda posibilidad de comunicación a través de nuestro lenguaje simbólico, primitivo y apenas supra-zoológico. ¡Por eso es que no nos gustan las utopías! Lo grave es que en nuestros cerebros sigue existiendo ese punto de partida que nos permite comprender el mundo sin necesidad de palabras ni de matemática. La fría lógica del Siglo XX no es suficiente para cambiar la forma en que funciona el órgano que determina nuestra relación con el mundo. Entonces cambiamos los símbolos de la tradición por los de la televisión, y nos convertimos en esclavos de la sociedad de consumo. Para nadie es un misterio que el significado de libertad que nuestra cultura les ofrece a las nuevas generaciones está más cerca de la marca de un desodorante o del aroma de un detergente que de la posibilidad de construir un mundo mejor.

### **Tercera Parte: El Mema de la Salud**

No han sido muchos los símbolos que nuestra cultura ha utilizado para representar lo relacionado con nuestro oficio. El más conocido de ellos, el caduceo de Esculapio, no es símbolo de salud sino de medicina; aunque desde épocas remotas la humanidad ha encontrado dioses (la mayoría de ellos

con atributos y nombres femeninos) que representaron algo parecido a la prevención de la enfermedad, nunca hemos tenido un dios, una estatua, en fin, un símbolo para representar eso que la OMS decidió que significa un “estado de perfecto bienestar físico, psicológico y social del ser humano y no solamente la ausencia de enfermedad”<sup>13</sup>.

Desde siempre, la humanidad ha sido agobiada por las enfermedades. Podemos decir que la enfermedad, así en singular, consiste en un “mema” que nunca, hasta 1946, dejó a los humanos avizorar la posibilidad de ese estado de bienestar. Y cuando en ese año la OMS definió el concepto “salud”, tal vez como consecuencia de la ausencia de un símbolo adecuado los economistas, los políticos y hasta los mismos médicos empezaron a criticarlo por confuso, inmaterial y subjetivo (como si la historia no nos hubiera mostrado hasta la saciedad que es posible manejar conceptos abstractos, exentos de toda objetividad). Lo más grave es que, si no consideramos el estado de bienestar en su dimensión subjetiva, jamás podremos ir más allá del concepto de “ausencia de enfermedad”.

En los textos que tratan sobre el tema se pueden encontrar definiciones muy diferentes del significado del término “salud”. Unos tratan de verlo con los ojos causalistas de las ciencias físicas; otros, lo interpretan a la luz de la teoría evolucionista; otros más lo asimilan al proceso determinista que pone límites al ciclo vital de un organismo y otros, más pragmáticos, buscan reducirlo al lenguaje de la economía. Este último esquema, que supone que la racionalidad del mercado y de la economía aseguran, de un lado, el progreso de la humanidad y, del otro, la distribución equitativa de los beneficios entre los componentes de la sociedad, hace tiempo que entró en crisis. La sucesión de derrumbes financieros durante los últimos cien años obligó a la política mundial a replantear el aparato ideológico de la democracia. De esta forma, a los derechos

individuales se agregaron los derechos sociales entre los que figura la salud al lado de la vivienda, el empleo y la educación. Esta adición de derechos de los individuos le impone al Estado la obligación de actuar para garantizar el bienestar de los ciudadanos, pero ese constitucionalismo social tiene que aceptar que estos derechos, basados en la igualdad de los seres humanos, no son un punto de partida sino un *telos*, un fin al que la sociedad debe llegar<sup>14</sup>. Y en la medida en que participan de un telos deseable, esos derechos participan del significado axiológico de “valor”.

Y para que esos “memas” que no tienen representación en el mundo material se siembren en el sentimiento colectivo, debemos construir símbolos. Tal vez nuestro símbolo de “salud” ya no pueda ser ni el caduceo de Esculapio, ni la serpiente de Higea. Tal vez no llegue a ser la imagen de una bruja conocedora de la yerbatería medieval. Deberá ser un símbolo de nuestro tiempo y para los de nuestro tiempo. Ese será nuestro máximo reto, pues esa es nuestra máxima dificultad.

Mientras en la antigüedad la tarea de construir esos símbolos se dejaba en manos de los filósofos y los artistas, en nuestra época se ha dejado en manos de la publicidad. Ese cambio a manos mercenarias y el hecho de que las nuestras no son profesiones de la salud sino de la enfermedad, pueden haber sido en gran medida la causa de que nuestros memas se hayan convertido en bienes de consumo. Lo que nuestra sociedad entiende por “salud” no es un estado de bienestar sino una mercancía que se vende al mejor postor. Para nadie es un misterio que nuestros símbolos de salud, consistentes en un médico joven y apuesto con un estetoscopio por corbata; un corredor de hospital impecablemente desinfectado o una enfermera haciendo con sus labios y sus dedos el signo de silencio están más cerca del concepto de Empresa Promotora o Institución Prestadora de Servicios de Salud que

<sup>13</sup> OMS. *Preámbulo de la Constitución de la Asamblea Mundial de la Salud. Actas Oficiales de la OMS N° 2. New York. Pág. 100. 1946.*

<sup>14</sup> Piedrola G. *Medicina Preventiva y Salud Pública. Barcelona. Salvat Editores. 1988. Pág 16.*



de ese concepto abstracto de “bienestar físico, psicológico y social” que propone la OMS.

Pero profundicemos un poco más la disección de nuestro actual concepto de Salud. La enfermedad, así, en singular, que ha sido el mema dominante de la medicina occidental, pertenece a los mundos tangible y sensorial. Los nombres de muchas enfermedades nos dan las evidencias: Desde hace siglos se sabe que la diabetes *mellitus* es *mellitus* por el sabor dulce de la orina, y en los últimos tiempos el mema del cáncer abandonó las tenazas del cangrejo para acomodarse en los catálogos de genes de la biología molecular. Por pertenecer a esos mundos, sensorial y material, es que podemos identificar las enfermedades.

Pero el bienestar pertenece al mundo de los valores, y estos no se pueden promover sin antes promover un símbolo que nos permita identificarlos. Sin símbolo, la invitación a practicar hábitos de vida “saludables” se convierte en la promoción de las llamadas “Empresas Promotoras de Salud”, en la promoción de compañías aseguradoras, en la promoción de laboratorios productores de multivitamínicos y en la promoción publicitaria de gimnasios y peluquerías. La promoción de la salud que desde nuestra formación podemos hacer los médicos y los profesionales de enfermería nunca podrá trascender el estado de ausencia de enfermedad. El concepto completo sólo podremos promoverlo en la medida en que nos volvamos artistas, capaces de construir símbolos.

## Cuarta Parte y Final: La Reivindicación del Ocio

He aquí otro mema. En nuestra época, temerosa de todo lo que no sea eficiencia, desarrollo y productividad y ajena a toda utopía, se nos ha cerrado la posibilidad de creer en el bienestar y se nos ha prohibido dedicarnos a simplemente nada. Para nuestra época, el ocio es sinónimo de perder el tiempo.

Permítaseme esbozar un símbolo de lo que considero el estado ideal para que un individuo pueda construir memas. Imaginemos que nos hallamos en esa época remota en que el hombre fue capaz de dominar el fuego. Ya no tenía que dormir en las ramas de un árbol con un ojo cerrado y el otro alerta para no caer en las garras de las fieras. El fuego le permitió robarle unas horas a la noche y dedicarse al descanso. Entonces, apareció la actividad más productiva de todas: El ocio.

Siempre me ha gustado imaginarme a ese primitivo, en una noche sin luna, observando las estrellas en el firmamento. En su ignorancia, construyó en ese tablero negro millones de universos poblados por dioses. Y esos dioses no eran otra cosa que los memas que empezaban a proliferar en su cerebro. Gracias a esos memas, aprendió que el fuego podía ablandar los metales, que la saliva podía limpiar las heridas y que el amor podía llegar a ser fuente inagotable de placeres. Ese pudo haber sido el nacimiento de Vulcano y su forja, Esculapio y su serpiente, Venus y su deliciosa desnudez. Los dioses de la antigüedad son los memas primigenios, el origen de los valores de la humanidad. Y la construcción de un dios sólo es posible en el seno de un cerebro ocioso. Los memas que han marcado el rumbo a la humanidad han sido, siempre, construcción de ociosos, poetas, bohemios y artistas.

Y siempre he lamentado el hecho de que en nuestra época cada vez son más escasos los ratos en los que podemos dedicarnos al ocio. Cuando tratamos de hacerlo, el bombardeo que ejercen en nuestros cerebros la radio, la prensa, los libros y la televisión cambian los dioses por bienes de consumo. Así como la ausencia de memas nos sitúa en el plano de las vacas que se pasan el día rumiando bajo el sol, el exceso de memas impuesto por la propaganda nos impide ascender las gradas que nos conducen al mundo de la valoración.

Pero, ya lo he dicho, la construcción de los valores, como la de los dioses, sólo es posible en estado de ocio.

No seremos nosotros, los llamados “profesionales de la salud”, adiestrados para vivir como las hormigas en perpetua esclavitud, los llamados a construir el símbolo del bienestar. Ya dije que nuestra formación nos sitúa en el plano de la enfermedad, y que la construcción del símbolo de la salud, como la de todos los símbolos, es responsabilidad de nuestros artistas. Por eso no creo posible que la sociedad colombiana logre trascender el concepto de “ausencia de enfermedad”. Y desgraciadamente, por la necesidad de comer, nuestros artistas tampoco podrán dedicarse a la noble tarea de señalarnos el camino.

## BIBLIOGRAFÍA

- Cortina A. *El Mundo de los Valores*. Santa Fe de Bogotá. Editorial el Buho. 1998.
- Dawkins R. *El Gen Egoísta*. Citado por Dennett en *La Conciencia Explicada*. Pág. 214.
- Dennett D. *La Conciencia Explicada*. 1ª Edición en Español. Paidós Básica. Barcelona. 1995.
- Díez J.; Moulines C. *Fundamentos de Filosofía de la Ciencia*. Barcelona. Editorial Ariel S.A.
- Fronzizi R. *¿Qué son los Valores?* Bogotá. Fondo de Cultura Económica. 1997.
- Le Bon G. *Psicología de las multitudes*. Editorial Albatros. Buenos Aires. 1945.
- OMS. Preámbulo de la Constitución de la Asamblea Mundial de la Salud. Actas Oficiales de la OMS N° 2. New York. 1946.
- Piedrola G. *Medicina Preventiva y Salud Pública*. Barcelona. Salvat Editores. 1988.